

Rosa Luxemburgo



Nacida bajo la autocracia zarista

De origen judío, esta luchadora proletaria nació el 5 de marzo de 1871 en Zamosc, ciudad próxima a Lublin, en Polonia oriental, entonces sometida al Imperio zarista. Era la hija pequeña en una familia de cinco hermanos, a quien una lesión mal atendida le dejó un defecto permanente en la cadera.

Aunque Zamosc era muy pobre y los judíos constituían el último eslabón en la jerarquía social, el abuelo de Rosa Luxemburgo había fundado un próspero negocio de maderas y pudo pagar los estudios de sus hijos en los mejores institutos de Berlín. Su familia se desarrolló en un ambiente muy culto, influenciado por los más avanzados escritores occidentales, especialmente alemanes. Muy allegado a ellos era el poeta sefardí León Pérez, agitador contra el zarismo y defensor del nacionalismo polaco. Polonia pugnaba por sobrevivir repartida y dividida por dos grandes naciones, como Alemania y Rusia, aunque en medio de una opresión asfixiante podía beneficiarse también de su proximidad a dos civilizaciones tan distintas y tan fructíferas. Ese crisol de influencias determinó el abierto contenido internacionalista que caracteriza la obra de Rosa Luxemburgo.

Cuando tenía tres años su familia se trasladó a Varsovia. En el colegio estaba prohibido hablar polaco, aunque clandestinamente los jóvenes lo hacían como forma de protesta contra el intento de rusificación que trataba de desplegar el zarismo. Las escuelas eran un nido de agitación contra el absolutismo. Cuando terminó sus estudios se le negó la medalla de oro, pese a que todas sus calificaciones eran extraordinarias, a causa de su actividad clandestina.

En 1887 Rosa Luxemburgo, que sólo contaba entonces 16 años, ya era militante del Partido Revolucionario Socialista Proletariat y se relacionaba con los círculos obreros más conscientes. En aquella época Proletariat había sido prácticamente desmantelado. El zarismo había asesinado a los dirigentes obreros y gran parte de los cuadros de la organización se encontraban en prisión o deportados. Sólo grupos muy pequeños de conspiradores seguían manteniendo la llama de la resistencia. Formado en 1882, Proletariat tenía vínculos estrechos con los populistas rusos y en aquellas fechas, fruto de la dispersión, comenzó a cometer acciones armadas a la desesperada. Pero a diferencia de los populistas que Lenin analizó en sus primeros escritos, Proletariat estaba claramente influido por el marxismo.

Pero pronto el movimiento obrero comenzó a resurgir de los rescoldos del terror zarista y en 1889 se creó el sindicato Federación de Trabajadores Polacos, en la que intervino Rosa Luxemburgo. Una huelga convocada en Lodz acabó con una horripilante masacre de 46 obreros asesinados por la guardia zarista, una de las peores de la historia. La persecución política llegó a Rosa Luxemburgo, que en 1889 tuvo que abandonar su país y cruzar la frontera clandestinamente.

Se refugió en Zurich, entonces un hervidero de revolucionarios de todas las latitudes. Allí estudió Filosofía, Ciencias Naturales, Matemáticas, Historia, Política y Economía, y conoció a Plejanov, Axelrod, Vera Zasulitch, Parvus y otros marxistas rusos, alemanes y polacos. Pero sobre todo, conoció a León Jogiches, como ella también marxista, judío y polaco, que sería su compañero para el resto de sus días, influyéndose recíprocamente.

La lucha ideológica entre los marxistas polacos

Jogiches disponía de una considerable fortuna, que puso a disposición de Axelrod y Plejanov para que pudieran desarrollar el partido socialdemócrata ruso, aunque acabó rompiendo pronto con ellos. Entonces Luxemburgo y Jogiches se dedicaron a reagrupar a las fuerzas revolucionarias polacas, y con Proletariat, la Federación de Trabajadores Polacos y dos grupos escindidos del PPS (Partido Socialista Polaco) crearon una nueva organización con las mismas siglas (Partido Socialista Polaco), que en 1893 comenzó a editar en París *Sprawa Robotnicza* (La Causa Obrera). El amplio informe del nuevo Partido a la II Internacional fue redactado por ella.

Este informe demuestra ya una extraordinaria clarividencia política a la hora de trazar la línea política del Partido, que debía huir tanto del blanquismo como del reformismo. Ponía el acento en la lucha de masas y la necesidad de educarlas en el combate a través de la organización sindical y las reivindicaciones democráticas. Con sólo 22 años Rosa Luxemburgo demostraba ya una extraordinaria capacidad de análisis y un precoz instinto revolucionario.

Sin embargo, las tesis que sostenía ya entonces sobre la cuestión de las nacionalidades oprimidas y el derecho de autodeterminación, distaban de resultar correctas. En aquella época este problema era tremendamente complejo, y más en Polonia, un país que no solamente estaba ocupado sino que su independencia se enfrentaba a tres formidables enemigos como Alemania, Rusia y el Imperio Austro-Húngaro, que se la habían repartido. Rosa Luxemburgo no defendió nunca un principio único y universal para resolver este problema, sino que acudió siempre a soluciones tácticas y cambiantes en función de cada caso concreto. Sólo Lenin desarrolló después acertadamente el principio de autodeterminación que, con la entrada en la fase imperialista del capitalismo, adquiría una importancia trascendental. No deja de ser significativo que Lenin, partícipe de una nación opresora, analizara la cuestión mucho mejor que Luxemburgo, originaria de una nación oprimida. El internacionalismo de la gran revolucionaria polaca la llevó en este punto a cometer un importante error estratégico, subestimando la energía nacionalista de amplias capas populares de Polonia. Ahora bien, incluso en sus errores Rosa Luxemburgo demostraba una gran capacidad de análisis y de aplicación creadora del marxismo, que no se limitaba a repetir frases hechas y que extraía del marxismo toda su energía revolucionaria.

La unión dentro del Partido Socialista no duró mucho. Instalados en el exilio de París en 1892, los dirigentes de Proletariat rectificaron y promovieron la consigna de la independencia de Polonia. Se desató una feroz lucha ideológica (pero por parte de sus adversarios también plagada de descalificaciones) que llegó hasta el Congreso de Zurich de la II Internacional, donde Plejanov (y con él Engels) votó a favor de la independencia de Polonia, en contra de las tesis de Luxemburgo.

Se produjo la escisión, creando Luxemburgo el nuevo SDKP (Partido Socialdemócrata Polaco), opuesto a la independencia de Polonia. Todas las calumnias y los sucios intentos del PPS por expulsar al Partido Socialdemócrata de Luxemburgo de la Internacional fracasaron, e incluso el nuevo partido obtuvo cierto éxito en el Congreso de Londres de 1896 al ganar una votación en contra de la independencia y a favor de la autodeterminación.

Mientras todo esto sucedía en el exilio, en el interior de Polonia la situación era bien distinta, con el movimiento obrero paralizado y ajeno a aquellas discusiones. Las organizaciones estaban desmanteladas y entre quienes se esforzaron por fortalecer al nuevo Partido Socialdemócrata destacó pronto uno de las grandes figuras del movimiento comunista internacional, Félix Dzherzinski, que logró agrupar a los marxistas lituanos con los polacos en un sólo partido, que adoptó las siglas SDKPL.

Traslado a Alemania

Por aquellas fechas comenzó a colaborar en *Neue Zeit* el influyente periódico dirigido por Kautsky, en el que sus artículos llamaron la atención de toda la socialdemocracia por su profundidad, el acopio de datos y la agudeza en la exposición, aunque jamás fue reconocida por los dirigentes del PPS, que siguieron lanzando ignominiosas acusaciones contra ella. Pero todo eso no impidió que con sus escritos alcanzara un enorme prestigio internacional, que la llevó a visitar Francia durante varios meses, en los que tuvo oportunidad de conocer a Jules Guesde, y Vaillant, el héroe de la Comuna de París.

Decidió instalarse a Alemania, que entonces era el corazón del movimiento obrero internacional y donde radicaba una parte importante del proletariado polaco. En mayo de 1898 radicó en Berlín y contrajo un matrimonio de conveniencia con un alemán para cambiar su pasaporte ruso por el prusiano y poder así desarrollar actividades políticas (prohibidas a los extranjeros) y no correr tampoco el riesgo de ser extraditada a su país.

Fue destinada a Silesia por el SPD (Partido Socialdemócrata Alemán) para agitar entre los mineros polacos, y entonces pudo comprobarse otra de las grandes cualidades de Luxemburgo: la oratoria, la capacidad de transmitir y llegar a las masas obreras con un mensaje claro y lleno de entusiasmo revolucionario. Los obreros de las minas le llevaban flores y le pedían que no se marchara, que se quedara con ellos para ayudarles en sus luchas. Se ganó la simpatía del máximo dirigente de la II Internacional, Carlos Kautsky, con cuya familia mantuvo una amistad íntima, así como de otras figuras revolucionarias de la época, como Franz Mehring y August Babel, así como con Clara Zetkin, que inició los primeros análisis marxistas sobre la situación de la mujer trabajadora.

Por su triple condición de mujer, judía y extranjera, los problemas le persiguieron dentro de un partido, que ya entonces era el más numeroso y organizado del mundo, aunque no del todo limpio ni mucho menos. Tuvo numerosos roces en los que sacó a relucir su fuerte personalidad; no era de las que se callaba ni se doblegaba ante ningún santón, por más fama que tuviera. En una ocasión escribió replicando a los insultos de la redacción del influyente diario *Vörrwärts* lo siguiente: Existen fundamentalmente dos tipos de seres vivos, los vertebrados que gracias a eso pueden andar y, en ocasiones correr, y los invertebrados, que solamente pueden reptar y vivir como parásitos. Así de vivo era su genio... Sólo tenía 27 años y ya se enfrentaba a la vieja guardia socialdemócrata, cargada de medallas, pero que empezaba a dar alarmantes muestras de esclerosis política.

Su estilo incisivo le costó muchas gubernativas e incluso en junio de 1904 fue condenada a varios meses de prisión por injurias al rey.

La batalla contra el revisionismo

Dentro del SPD las tendencias reformistas se consolidaron y crecieron. Para combatirlas Rosa Luxemburgo escribió en 1899 *Reforma social o revolución*, una de sus obras fundamentales en la que, paralelamente a Lenin, desarrolla la batalla contra el revisionismo moderno de Bernstein.

Las ideas entonces expuestas por Bernstein siguen siendo las mismas que toda laya de revisionistas, y traidores del movimiento obrero han seguido defendiendo hasta nuestros días. Todo lo que hoy en día oímos, ya fue formulado hace un siglo, y la historia lo ha refutado. Frente al parlamentarismo que embobaba a la socialdemocracia, Rosa Luxemburgo escribe: Es cierto que, formalmente, el parlamentarismo sirve para dar expresión a los intereses de toda la sociedad dentro de la organización estatal. Por otro lado, sin embargo, lo único que el parlamento permite manifestarse es a la sociedad capitalista, es decir, una sociedad en la que los intereses capitalistas son predominantes.

Por eso este libro es un material obligado de lectura y reflexión en las filas del movimiento obrero

revolucionario. No se trata de otra cosa que de la defensa de la vigencia del marxismo, y en él están ya refutadas las mismas acusaciones que hoy se lanzan contra las ideas comunistas.

Luxemburgo no se opone a las reformas sociales sino que rechaza el argumento de que se puede llegar al socialismo a través de una reforma paulatina del capitalismo. Rosa Luxemburgo demuestra que la táctica revisionista supone una aceptación del sistema capitalista: Quien para transformar la sociedad se decide por el camino de la reforma legal, en lugar y en oposición a la conquista del Poder, no emprende, realmente, un camino más descansado, más seguro, aunque más largo, que conduce al mismo fin, sino que, al propio tiempo elige distinta meta; es decir, quiere, en lugar de la creación de un nuevo orden social, simples cambios, no esenciales, en la sociedad ya existente. Así, tanto de las concepciones políticas del revisionismo como de sus teorías económicas, llegamos a una misma conclusión: que no tienden, en el fondo, a la realización del orden socialista, sino simplemente a la reforma del orden capitalista; que no quieren la desaparición del sistema de salario, sino el más o el menos de explotación. En una palabra: pretenden la aminoración de los excesos capitalistas, pero no la destrucción del capitalismo mismo.

En contra de Bernstein y los revisionistas, que preveían un capitalismo organizado, pacífico y planificado, Rosa Luxemburgo anuncia la inevitabilidad de las crisis económicas y el gran alcance que iban a adquirir. Considera a los revisionistas como herederos de Kant, de Proudhon y de Lassalle, al tiempo que defiende que el desplome de todo el sistema capitalista es inevitable. Para ella el colapso inevitable del capitalismo es la piedra angular de la ciencia marxista, que poco a poco debe irse imponiendo sobre todos los errores utopistas pequeñoburgueses que le han precedido. Considera, además, que la ley del hundimiento inevitable del capitalismo forma parte de la tradición teórica de la socialdemocracia alemana y que, al separarse de ella, Bernstein la ha traicionado. La socialdemocracia siempre había pensado que el socialismo llegaría con una crisis general y aniquiladora, de que el capitalismo acabaría por sí solo y víctima de sus propias contradicciones.

Además diferencia muy agudamente las crisis iniciales del capitalismo producto de su crecimiento infantil con las crisis de decadencia que aún no han llegado pero que cabe esperar. Aquellas primeras crisis, decía Luxemburgo, derivan de la fase de expansión del capitalismo, mientras que las futuras van a ser crisis de envejecimiento y decrepitud. Esta genial aportación, que luego desarrollaría Lenin, aparece por vez primera en Luxemburgo.

Los límites del capitalismo están en el mercado: el capitalismo no es capaz de una expansión ilimitada precisamente por esa falta de salidas a la producción, aunque llega a afirmar, lo que es bastante discutible, que bajo el capitalismo el intercambio domina la producción.

Luxemburgo trata de fundamentar la inviabilidad del capitalismo como modo de producción, aunque tomando en consideración contradicciones que por un lado son puramente objetivas y, por el otro, son secundarias y no pueden tener esa virtualidad. Pone al mismo nivel la contradicción entre la socialización de la producción y la privacidad de la apropiación, con la contradicción entre la producción y el consumo. Critica a Bernstein porque defiende la posibilidad de superación de las crisis por el capitalismo, cuando según ella la eliminación de las crisis supone la superación de la contradicción entre producción e intercambio. El capitalismo desaparecerá como consecuencia de la crisis de subconsumo. No habría crisis si la producción coincidiera con el mercado, si éste tuviera una capacidad de expansión ilimitada.

Hay también en esta obra otras importantes aportaciones que luego desarrollará también Lenin, como la negación de que el monopolismo pueda resultar compatible, según decía Bernstein, con la progresiva democratización: A consecuencia del desarrollo de la economía mundial y la agudización y generalización de la lucha competitiva en el mercado mundial, el militarismo y la marina de guerra han pasado de ser instrumentos de la política mundial a llevar la voz cantante tanto en la vida interior como en la exterior de los grandes Estados. Y si la política mundial y el militarismo

suponen una tendencia ascendente en el momento actual, en consecuencia la democracia burguesa se moverá en línea descendente.

La revolución de 1905

La revolución rusa de 1905 fue también la revolución polaca, que fue donde aparecieron sus primeros brotes. El domingo 22 de enero de 1905 la guardia zarista disparó contra una manifestación de 200.000 obreros en San Petersburgo matando a 2.000 de ellos e hiriendo a otros muchos. Como consecuencia de ello se produjo un levantamiento general en todo el imperio que se prolongó hasta diciembre, participando millones de obreros por primera vez en la historia.

El absolutismo, que simultáneamente estaba siendo derrotado por Japón en la guerra, se vio contra las cuerdas y mostró su vulnerabilidad ante el proletariado. En octubre se vio obligado a ceder, reconociendo algunos derechos políticos básicos y convocar elecciones.

Como suele ocurrir, la contundencia de los hechos zanjó una interminable discusión en el seno de la socialdemocracia rusa que, constituida como partido (POSDR) en 1898, se había escindido cinco años más tarde en varios grupos, entre ellos los bolcheviques y los mencheviques. La revolución demostró que Lenin tenía razón: el capitalismo se había desarrollado en Rusia, había que desatar una revolución democrático burguesa contra el zarismo y esa tarea sólo la podía cumplimentar el proletariado.

En Alemania (y en la II Internacional en general) sólo Rosa Luxemburgo se interesaba por las cuestiones rusas. Se interesa por la escisión en el POSDR y, estallada la revolución, escribe numerosos artículos y pronuncia conferencias ante los obreros alemanes, vivamente interesados por la suerte de sus compañeros de clase, mientras la burocracia del SPD miraba hacia los kadetes y los eseristas.

Los artículos y conferencias le cuestan una condena por incitación a la violencia y pasa una temporada en prisión. Al salir comprende que no basta con escribir sino que es imprescindible la intervención directa sobre el terreno, por lo que a finales de diciembre de 1905 se traslada clandestinamente a Varsovia, todavía en estado de guerra, con la tropa patrullando por la calle, los comercios cerrados, las reuniones prohibidas y las barricadas cerrando todos los accesos.

El 4 de marzo es detenida en Varsovia junto con León Jogiches aunque logró su libertad el 28 de junio a causa de su delicado estado de salud, y fue expulsada de Varsovia. Viajó entonces San Petersburgo y luego a Finlandia, donde escribió su obra Huelga de masas, partido y sindicatos, al calor de la experiencia de la revolución. En enero del año siguiente la autocracia zarista 'condenó a Jogiches por alta traición a ocho años de trabajos forzados, aunque logró huir de prisión en abril.

La discusión sobre el partido

La batalla contra el revisionismo dentro del SPD no acabó con la expulsión de Bernstein y los demás revisionistas del Partido. Ésta es la diferencia fundamental con Rusia y los bolcheviques, que no solamente rompieron de palabra, sino en los hechos, creando una auténtica organización revolucionaria.

En la escisión dentro del POSDR, Rosa Luxemburgo se mantuvo equidistante entre los mencheviques y los bolcheviques. Su concepción al respecto era diferente de la de éstos, a los que criticaba su centralismo a ultranza.

Luxemburgo asimilaba la postura bolchevique con la que anteriormente ella había criticado a Proletariat por blanquista. Este es uno de los errores más graves de su pensamiento, la idea imprecisa de la organización como proceso que está directamente enfrentada a la tesis leninista de

la necesidad de un partido dirigente, organizado conforme a los principios del centralismo democrático.

Esta errónea tesis de Luxemburgo, tan difundida hoy día, desarma peligrosamente a la clase obrera, hasta el punto que la Internacional Comunista se vio obligada a plantarle batalla otra vez en 1925 para desterrarla del seno de los partidos y evitar el espontaneísmo. La revolución rusa de 1917 fue posible porque fue dirigida por el Partido bolchevique, mientras que sólo unos meses después, la revolución alemana de 1919 fracasó porque no existía allí un partido de esas características: En el momento de la crisis -escribió Lenin- los obreros alemanes se han visto sin un partido verdaderamente revolucionario debido a la tardanza en hacer la escisión, debido a la maldita tradición de la 'unidad' con la banda de lacayos, venal (los Scheidemann, Legien, David y cía) y falta de carácter (los Kautsky, Hilferding y cía).

Era Lenin y no Luxemburgo quien tenía razón también en este punto: no existe revolución sin una vanguardia comunista con una línea política adecuada que se ponga a la cabeza de la clase obrera, que mantenga una implacable lucha ideológica contra las desviaciones que van surgiendo por el camino, que preserve la vigilancia ideológica en el mismo interior de sus filas, que se fortalezca depurándose de los elementos oportunistas y al mismo tiempo se mantenga unido y disciplinado.

No eran esos los fundamentos de la socialdemocracia alemana, anclado en el burocratismo y sólo preocupado por los recuentos electorales. En el Congreso de 1904 Luxemburgo había logrado introducir, entre fuertes rechazos internos, la vía de la huelga general política, pero eran pocos los que estaban dispuestos a comprometerse con ella. Era evidente que el SPD había degenerado en el reformismo más ramplón, pero a diferencia de Rusia no había en Alemania una alternativa sólida porque aunque Luxemburgo apuntaba en la buena dirección, aún no había roto con ellos y carecía de una alternativa organizativa adecuada.

El imperialismo y la acumulación de capital

En 1906 el SPD crea una escuela para la formación ideológica de los obreros, en la que Luxemburgo se encargará de impartir lecciones de economía. Para ello redacta un esbozo, que no se conserva íntegro y cuyos restos se publicaron en forma de libro titulado Introducción a la Economía Política, donde expone con gran sencillez los fundamentos que Marx había desarrollado en El Capital para que pudieran ser comprendidos por los cuadros del partido y los agitadores sindicales.

En 1913 se editó su libro La acumulación de capital, su obra teórica más importante y uno de los análisis clave del imperialismo moderno que, una vez más, suscitó una viva y violenta reacción de los jefes de la socialdemocracia alemana, viéndose ella obligada, a su vez, a defenderse escribiendo, ya en la cárcel, la Anticrítica.

El núcleo de la argumentación de Luxemburgo parte de los fundamentos que ya expusiera antes en Reforma social o revolución: el consumo determina la producción; como los capitalistas no consumen toda la plusvalía, esta acumulación engendra un subconsumo que no encuentra salida porque carece de demanda solvente; este subconsumo sólo se puede compensar con las ventas en el mercado exterior, en áreas al margen del capitalismo; por tanto, el capitalismo es un sistema económico que sólo puede funcionar si coexiste con regiones no capitalistas, porque la producción no encuentra compradores ni entre los obreros (ya que estos realizan el capital variable) ni entre los capitalistas (ya que éstos consumen sólo la parte de la plusvalía que no se acumula); hacen falta otras clases sociales situadas al margen de esas dos que completen la demanda; una vez que el capitalismo se extienda tanto que no tenga regiones vírgenes precapitalistas ni tampoco terceras personas que completen la demanda, se producirá el derrumbe. La causa del colapso, por tanto, es la limitación de los mercados.

Luxemburgo, en realidad, está describiendo el proceso de expansión capitalista, la acumulación

originaria de capital que se desarrolla a costa de las formas de producción precapitalistas, de la ruina de la pequeña producción agrícola y artesanal. En ella la coexistencia de esos dos modos de producción no se verifica necesariamente fuera de las fronteras, porque es posible la expansión interior, cuando existen regiones a las que aún no ha llegado el capitalismo. Desde el momento en que se agotan esos mercados precapitalistas, Luxemburgo no es capaz de explicar el funcionamiento del capitalismo, por qué éste se hunde irremisiblemente. Por eso su teoría es, a la vez, una teoría del imperialismo ya que no concibe el capitalismo sin esa búsqueda angustiada de regiones vírgenes, sin burgueses ni proletarios, que le permitan sobrevivir. Las contradicciones del capitalismo le impelen a salir fuera de las fronteras, e incluso fuera del capitalismo mismo.

En estas ideas radica la fuente inspiradora de las modernas teorías tercermundistas del imperialismo. Lo que Luxemburgo demuestra es la imposibilidad del capitalismo, no su desmoronamiento. Es una posición similar también a las que se dieron entre los populistas rusos y que Lenin ya había criticado años antes. A pesar de que Luxemburgo critica expresamente a populistas, incurre en sus mismos errores: las salidas exteriores son imprescindibles, así como otras clases sociales al margen del proletariado y la burguesía.

Para Luxemburgo es imprescindible una expansión del mercado para proseguir con la acumulación. En la polémica de Kautsky contra Tugan-Baranovski y Hilferding, que habían defendido la ley de Say, Luxemburgo reconoce expresamente que su opinión en este punto es la misma de Kautsky.

Luxemburgo parte de un error muy común en aquella época entre la socialdemocracia: partir de los esquemas de la reproducción capitalista del Libro II de El Capital y tomarlos por un modelo del funcionamiento real del capitalismo. Pero esos esquemas parten del supuesto simplificador de que no existe el mercado exterior y, por tanto, no se puede pretender demostrar a partir de ellos que el mercado exterior es imprescindible. Por otro lado, en dichos esquemas Marx supone también que los intercambios se producen por su valor y que no existen transferencias encubiertas de valor a través de los precios de producción, que no obstante resulta característico del comercio internacional.

Afirma que el capitalismo llegará la bancarrota por dos vías: bien porque la expansión capitalista reduce cada vez los sectores no capitalistas y, en consecuencia, impide la acumulación, bien porque sin esperar a ese momento, el proletariado se levantará y acabará con el régimen del capital. Como afirma muy acertadamente, la lucha de clases es un mero reflejo ideológico de la necesidad histórica objetiva del socialismo, que resulta de la imposibilidad económica objetiva del capitalismo al llegar a una cierta altura de su desarrollo.

La ruptura con Kautsky

En 1910 se produce un grave altercado con Carlos Kautsky, que se negó a publicarle en artículo sobre la huelga general en Neue Zeit por censura de la dirección del SPD. El tema volvía ser tabú para los reformistas e incluso Kautsky, que había alabado antes el criterio de Luxemburgo, escribió un artículo criticándola de manera desairada. Otros medios socialdemócratas también se negaron a publicarlo. Luxemburgo rompe la relación personal y familiar que le unía a la familia Kautsky y, por supuesto, rompe políticamente con éste de manera definitiva, abriendo las tres alas del SPD: la revisionista, la revolucionaria y la centrista, en la que se instaló definitivamente Kautsky como un renegado del movimiento obrero.

En esta polémica con Kautsky, aunque indirectamente, intervino también Lenin que, como ya había sucedido antes con Plejanov y Engels, tomó partido contra Rosa Luxemburgo, aunque no tardaría en darse cuenta de su error y rectificó públicamente. Luxemburgo fue la primera dentro del movimiento obrero en apercebirse de las torcidas posiciones que comenzaba a tomar Kautsky. La traición abierta de los revisionistas se estaba fraguando ya...

Alemania comenzaba a entrar abiertamente en la pugna colonial con las grandes potencias en Marruecos, los Balcanes y otras regiones del mundo, para lo que desató también el militarismo y el rearme de sus tropas. Luxemburgo comenzó a estudiar en profundidad las cuestiones militares y a escribir artículos contra una guerra ya previsible a todas luces.

La campaña contra ella arreció, no sólo en los medios más reaccionarios, sino también en las propias filas del SPD. Cuando preparaban a toda prisa una guerra de las más carniceras de la historia, Luxemburgo era presentada por la prensa como la polaca sanguinaria. Se le abrió un primer juicio por incitación a la insubordinación de las tropas. En el juicio dio muestras de valentía y arrojo: no se defendió sino que comenzó a acusar al belicismo alemán. El fiscal pidió un año de prisión y el encarcelamiento inmediato; la revolucionaria le espetó que si al fiscal le pidieran un año de cárcel huiría, pero ella no iba a echar a correr: podían encarcelarla o hacer con ella lo que quisieran porque no claudicaría jamás de sus convicciones.

Su condena levantó una oleada de indignación y sus conferencias estuvieron más concurridas que nunca. Se iniciaba así la denuncia del militarismo, el rearme y la guerra imperialista.

Publicó otro artículo sobre los malos tratos que los oficiales y mandos del ejército propinaban a los soldados, y se le abrió un nuevo proceso por injurias al ejército. Al juicio se presentaron 30.000 familiares de soldados que estaban dispuestos a acreditar la veracidad de los malos tratos. Esta vez no les quedó más remedio que retroceder...



En su denuncia del militarismo Rosa Luxemburgo encontró a un aliado fiel, uno de los pocos parlamentarios del SPD que se unió estrechamente a ella para siempre en la lucha: Carlos Liebknecht, hijo de Guillermo Liebknecht, uno de los fundadores de la socialdemocracia alemana. Carlos Liebknecht era abogado y había dirigido la sección juvenil de la Internacional. Ya en 1906 había publicado un libro dedicado a la juventud titulado Militarismo y antimilitarismo. Al año siguiente fue condenado a un año y medio de cárcel por alta traición, algo que no se conocía desde hacía décadas en Alemania, lo que le dio un enorme prestigio. A la salida de la cárcel se incorporó a la dirección del SPD y fue elegido diputado en 1908.

Había otro punto de unión clave entre Luxemburgo y Liebknecht: el internacionalismo. Carlos Liebknecht trabajaba clandestinamente para los bolcheviques desde Alemania y defendió a los presos políticos rusos en el famoso proceso Königsberg, que se convirtió en una espectacular acusación pública de los bolcheviques contra la autocracia zarista. Se movía con un pie en los tribunales y los escaños parlamentarios y otro en la clandestinidad.

Para su rearme, Alemania necesitaba incrementar los presupuestos de guerra en el parlamento, por lo que el SPD no tardó en demostrar su colaboracionismo con los militaristas y votó a favor de ellos. Liebknecht votó también a favor, obligado por la dirección del partido.

Evidentemente la situación era intolerable. Lenin hacía ya diez años que había roto con los oportunistas, pero los revolucionarios alemanes seguían manteniendo una unidad ficticia. La Internacional había dejado de existir de hecho. ¿Qué clase de internacionalismo era ese que llamaba a los obreros a asesinar a sus compañeros de clase en nombre de los apetitos coloniales de la burguesía? La unidad no se podía mantener, había que empezar a denunciar ya al propio SPD y crear una organización verdaderamente revolucionaria.

Hubo una segunda votación parlamentaria sobre el mismo tema para ampliar los presupuestos militares, y esta vez Liebknecht se quedó sólo con su voto contrario, de pie sobre su escaño, todo un símbolo. Pero símbolo de aislamiento entre los medios burgueses y bandera de lucha, al mismo

tiempo, en las calles: había alguien que estaba dispuesto a enfrentarse al chovinismo feroz y a la carnicería.

En 1914 los dos revolucionarios crean el Frente Revolucionario Antibelicista y al año siguiente Luxemburgo comienza la edición de una revista al margen del partido: La Internacional. En torno a ella se agrupan los cuadros más honestos de la socialdemocracia, los revolucionarios inquebrantables, los militantes fieles hasta el final: Clara Zetkin, Carlos Liebknecht, Franz Mehring y León Jogiches, entre otros.

Pero la reacción prohíbe La Internacional, del que no se difunde más que su primer número, y cuando el 19 de febrero de 1915 Rosa Luxemburgo se apresta para acudir a Holanda para participar en una reunión internacional de mujeres en compañía de Clara Zetkin, es detenida una vez más.

En prisión comienza la redacción los folletos Junius, criticados por Lenin, así como la Anticrítica, una respuesta a quienes habían criticado su libro La acumulación de capital. Pero arrojó algo a la cabeza de un carcelero y fue sometida a aislamiento, incomunicada y nuevamente condenada por ello. En julio es detenida también Clara Zetkin y, con Liebknecht en el frente, el movimiento contra la guerra imperialista aparece descabezado.

Renace Espartaco

En enero de 1916 el sector antimperialista del SPD se agrupó como facción dentro del partido socialdemócrata bajo el nombre de Espartaco, en memoria del jefe de la rebelión de los esclavos romanos.

Un mes después Rosa Luxemburgo sale de la cárcel y redacta La crisis en la socialdemocracia, que se publica clandestinamente con el nombre de Junius. Indudablemente la socialdemocracia estaba crisis, pero Luxemburgo seguía sin comprender la necesidad de crear un partido nuevo. Seguía confiando en poder trabajar desde dentro de la socialdemocracia.

Reintegrada a la lucha revolucionaria, los espartaquistas convocan una manifestación contra la guerra el Primero de Mayo en Berlín. Fue la primera demostración de oposición a la guerra. Se había dado el primer paso, pero durante la celebración de la misma, la policía detuvo a Liebknecht. En medio de un gran escándalo y numerosas luchas, el Parlamento concedió el suplicatorio para que pudiera ser juzgado por un tribunal militar, que le condenó a cuatro años de cárcel. Sus palabras ante los verdugos merecen ser recordadas: Ningún general vistió nunca el uniforme con tanto honor como voy yo a vestir ahora el traje de presidiario. Los revolucionarios alemanes seguían dando muestras de coraje y determinación de seguir en la lucha ante el final.

El 10 de julio vuelve a ser detenida Rosa Luxemburgo y, tras ella, Franz Mehring, el anciano dirigente socialdemócrata, amigo de Marx y Engels. Con ellos van a prisión también numerosos militantes espartaquistas, quedando el trabajo de la facción a cargo de León Jogiches, hasta que fue a su vez detenido en marzo de 1918.

Esta vez Luxemburgo no tendría juicio y permanecería indefinidamente secuestrada y trasladada de una cárcel a otra. En esa situación le llega el eco de Octubre y escribe una obra La revolución rusa de la que sólo se conservan algunos fragmentos, publicados bastantes años después de su muerte. En ella encontramos expuestas muchas de las ideas que compartía con los leninistas y sigue atacando a los reformistas, que consideraban que la Revolución de Octubre era algo puramente nacional, un fenómeno local exclusivo de Rusia:

El partido de Lenin fue el único que comprendió el mandamiento y el deber de un partido auténticamente revolucionario, el único que aseguró el avance de la revolución gracias a la consigna: todo el poder al proletariado y al campesinado.

De esta forma han conseguido resolver los bolcheviques la cuestión famosa de la ‘mayoría del pueblo’, que atormenta como una pesadilla a los socialdemócratas alemanes. Discípulos fervientes del cretinismo parlamentario, se limitan a aplicar a la revolución las trivialidades de su casa cuna parlamentaria: si se quiere conseguir algo, hay que tener primero la mayoría. Lo mismo sucede con la revolución: primero tenemos que ser una ‘mayoría’. Sin embargo, la verdadera dialéctica de la revolución invierte el sentido de esa banalidad parlamentaria: no es la mayoría la que lleva a la táctica revolucionaria, sino la táctica revolucionaria la que lleva a la mayoría. Únicamente un partido que sabe dirigir, o sea, impulsar hacia delante, se gana a los seguidores en su avance [...] Los bolcheviques han mostrado poseer todo el honor y la capacidad de acción revolucionarios que han caracterizado a la socialdemocracia europea; su sublevación de octubre no ha sido solamente una salvación real de la revolución rusa, sino que ha sido, también, la salvación del honor del socialismo internacional.

Mientras tanto, en las calles la euforia inicial chovinista fue dejando paso a la desmoralización, al descontento, a las manifestaciones y a las huelgas. Fruto de esas primeras luchas espontáneas, se promulga el 20 de octubre una amnistía que permite a Liebknecht abandonar la cárcel, mientras Luxemburgo continuó en ella, ya que no había sido juzgada ni condenada.

La marina se amotinó y estalló una huelga general. En Kiel se constituyó el primer consejo de obreros y marinos de la flota de guerra, hasta que el movimiento insurreccional, empujado por el entusiasmo de la revolución rusa, se generaliza y llega a Berlín. El emperador abdica, el gobierno dimite y la socialdemocracia llega al poder para sofocar la rebelión y lograr que los obreros vuelvan a las fábricas. Desde la clandestinidad, Liebknecht se precipita y proclama la República socialista. Algunas cárceles son asaltadas; Jogiches es liberado por los obreros a punta de bayoneta y también Luxemburgo sale de su reclusión el 8 de noviembre.

A ella y a sus compañeros les quedaban sólo dos meses de vida y el estado de salud de Luxemburgo se había agravado preocupantemente, lo que no le impidió incorporarse a la lucha: Espero morir en mi puesto, en una batalla callejera o en una prisión, había dejado escrito. Los espartaquistas asaltan tres periódicos burgueses y en sus rotativas comienzan a editar de nuevo Bandera Roja el 18 de noviembre, con Luxemburgo como redactora-jefe.

Pero la socialdemocracia se reunió pronto con los jefes del ejército para diseñar el aplastamiento de la insurrección por la fuerza de las armas. No escatimaron ningún medio, desde la guerra psicológica en la prensa burguesa hasta el armamento de bandas de mercenarios y criminales. El 6 de diciembre la reacción pasó a la ofensiva: 200 mercenarios asaltaron la redacción de Bandera Roja y las manifestaciones comenzaron a ser tiroteadas. Al día siguiente Liebknecht fue detenido y cuando iba a ser asesinado logró escapar de sus captores.

Aún logró reunirse el Consejo de Obreros y Soldados el 16 de diciembre, pero en lugar de lanzarse al asalto del poder, se plegaron a las próximas elecciones. El contraste con la Revolución de Octubre no podía ser más llamativo. ¿Qué estaba fallando en Alemania? ¿Qué la diferenciaba de Rusia? La única diferencia estaba clara: en Alemania no existía un partido bolchevique, la vanguardia, y quienes debían construirlo no habían comprendido su necesidad. Este fallo condujo al fracaso de la revolución y a la muerte de quienes habían cometido tan grave error.

La fundación del Partido Comunista alemán

Lejos de constituir un partido, Espartaco era un conglomerado de comités locales agrupados al calor de la Revolución de Octubre y en torno a la lucha contra la guerra imperialista. No era ese Estado Mayor de la revolución, esa tropa disciplinada capaz de ponerse a la cabeza del movimiento y

Texto extraído de www.antorcha.org

conducirlo a la victoria. Cuando en 1917 Kautsky fundó el Partido Socialdemócrata Independiente, Espartaco se unió a él como facción con su propio programa y su prensa. Seguían a remolque de los reformistas, amarrados a una organización que también formaba parte del gobierno reaccionario burgués.

Cuando los espartaquistas exigieron la celebración de un nuevo Congreso y los cabecillas socialdemócratas se negaron, actuaron por su cuenta: convocaron el Congreso y junto con un grupo próximo a los bolcheviques, crearon el KPD, el primer Partido Comunista, aunque también distaba mucho mucho de constituir realmente una verdadera organización comunista cohesionada.

Era ya el 29 de diciembre de 1919, la reacción había pasado a la ofensiva y a los dirigentes del nuevo partido les queaban sólo unos pocos días de vida. Los obreros estaban armados pero no estaban organizados ni entrenados para la lucha militar. La reacción asaltó la prensa revolucionaria y la sede del KPD, mientras señalaban a voces a los jefes de la insurrección para justificar su eliminación, ofreciendo una gran recompensa económica a quien los asesinara. Junto a Jogiches detuvieron a una militante a la que confundieron con Rosa Luxemburgo y la amenazaron claramente de muerte. Tanto Luxemburgo como Liebknecht fueron avisados del inminente peligro pero se negaron rotundamente a abandonar y a huir. Liebknecht pronunció una palabra, que luego se ha hecho famosa: ¡Trotzalledem!, ¡Adelante a pesar de todo!

Los acontecimientos se precipitaban. El 15 de enero fueron detenidos Carlos Liebknecht y Guillermo Pieck y, poco después, Rosa Luxemburgo. Los tres fueron trasladados al hotel Eden de Berlín. De ahí, a culatazos, Liebknecht fue introducido en un vehículo que tomó la carretera hacia la cárcel de Moabit, deteniéndose en un tramo osucuro y solitario de la misma. Le sacaron casi inconsciente del vehículo y le dispararon a quemarropa asesinandolo. Luego llevaron su cadáver a un centro asistencial donde lo dejaron como desconocido. La prensa dijo que murió al tratar de huir.

También a Rosa Luxemburgo la sacaron del hotel poco después y le destrozaron el cráneo de dos culatazos. Moribunda, su cuerpo fue arrojado dentro de un vehículo; otro mercenario le propinó un tercer golpe en la cabeza con su fusil y un teniente le dio el tiro de gracia, siendo su cadáver arrojado al Landwehrkanal, donde fue encontrado bastantes semanas después. La prensa dijo que había sido linchada por la multitud.

Pieck logró huir y continuó la lucha hasta fundar la República Democrática Alemana. Pero Mehring, el veterano dirigente del proletariado alemán, no pudo superar la noticia y falleció. El 10 de marzo León Jogiches murió de los disparos de un carcelero al tratar de huir, dijo la prensa reaccionaria.

El camino al nazismo estaba abierto. La socialdemocracia había creado el precedente y enseñó el método para acabar con la revolución: asesinar a los dirigentes del proletariado, encarcelar a los más rebeldes, torturar e infundir pánico. La casa de Rosa Luxemburgo fue saqueada por la tropa y sus escritos arrojados a la hoguera. Cuando su cuerpo no había aparecido, los obreros aún confiaban en su regreso, en que aparecería viva para insuflarles nuevos ánimos y orientarles en sus batallas. Pero sólo apareció su cadáver horriblemente martirizado.



Luxemburgo, Liebknecht, Jogiches, Mehring... son sólo los nombres más conocidos, los que abrieron el camino. Con ellos cayeron en las calles miles de obreros insurrectos, fusilados sin contemplaciones por mercenarios a sueldo de una burguesía ávida de riquezas. Otros muchos inauguraron los primeros campos de concentración, pero todavía hay una pintada en los muros de los barrios obreros alemanes que es muy común: ¡Trotzalledem! Demuestran así que toda la sangre

vertida no ha caído estérilmente y que otros han tomado el relevo en la lucha por una sociedad distinta, sin explotación y sin opresión.

El águila del proletariado internacional

Rosa Luxemburgo es la mujer cuyo papel en la lucha y en la elaboración teórica del comunismo ha sido más importante dentro de la historia del movimiento obrero internacional. Su extraordinaria inteligencia, empuje y capacidad -hablaba once idiomas- fueron razones para que pronto destacara como uno de los principales dirigentes de la socialdemocracia internacional. Consagró su vida a la educación internacionalista del proletariado a través de artículos de prensa, conferencias, escuelas obreras e impresionantes discursos, en los que destacó como una agitadora brillante y apasionada. Sus escritos son una aguda defensa sin concesiones de la revolución proletaria y de la honestidad en el compromiso con el proletariado.

Lenin se refirió a ella como una representante destacada del proletariado revolucionario y del marxismo sin falsificaciones en su artículo, escrito en 1920, Una contribución a la historia de la cuestión de la dictadura. Con gran emoción Lenin escribió sobre ella: Aunque las águilas precipitándose desde lo alto, puedan volar más bajo que las gallinas, éstas por más que desplieguen sus alas, nunca pueden llegar a las nubes. Efectivamente, ninguno de los numerosos escritos de Rosa Luxemburgo son banales o superficiales; en todos ellos resplandece su propia personalidad, en todos ellos está acuñada su originalidad y su profundidad. Por eso desprenden una luz distinta y en ellos siempre se aportan puntos de vista novedosos, distintos, singulares.

En su obra Sobre algunas cuestiones de la historia del bolchevismo, escrita en 1931, Stalin hizo el siguiente balance de la revolución en Alemania:

Naturalmente los izquierdistas en Alemania no tienen sólo en su haber serios errores. Hay también en su haber grandes y serios hechos revolucionarios. Me refiero a sus múltiples méritos y acciones revolucionarias en las cuestiones de política interior y, particularmente, de la lucha electoral, en las cuestiones de la lucha parlamentaria y extraparlamentaria, de la huelga general, de la guerra, la revolución de 1905 en Rusia, etc. Precisamente por esto los bolcheviques les tomaban en consideración como izquierdistas y les apoyaban, les empujaban adelante. Pero esto no desmiente, ni puede desmentir que los socialdemócratas de izquierda de Alemania tenían, al mismo tiempo, la contrapartida de múltiples errores políticos y teóricos graves; que no se habían liberado aún del lastre menchevique y necesitaban, por lo tanto, la crítica más severa por parte de los bolcheviques.

Las divergencias entre Rosa Luxemburgo y los bolcheviques se pueden resumir en cuatro apartados:

- la concepción del partido comunista como vanguardia y estado mayor del proletariado para impulsar la revolución
- en Rosa Luxemburgo no existe la noción del imperialismo como una etapa superior del capitalismo
- en Rosa Luxemburgo no existe el reconocimiento del derecho a la autodeterminación de las naciones oprimidas
- a diferencia de los bolcheviques, los espartaquistas alemanes tampoco tuvieron en cuenta al campesinado como fuerza revolucionaria.